



## LOS OSCUROS ORÍGENES DEL REINO DE ASTURIAS Y DE LA RECONQUISTA (Síntesis)

*Fernando Álvarez Balbuena*

La escaramuza, que no batalla de Covadonga tuvo lugar en el 722 y no en el 718, aunque el Principado celebrará el 1.300 aniversario este año. El mito, la leyenda y las falsedades históricas sobre Covadonga son utilizadas por el nacionalismo español y por el asturianismo más conservador, mezclando la ficción con los sentimientos religiosos. Y todo ello sigue siendo asumido por la cultura popular, por las élites y por las instituciones. No solo otros nacionalismos como el catalán se envuelven en falsedades para legitimarse.

Pelayo, primer rey de la Monarquía asturiana, nunca proclamado, le rodea la oscuridad tanto en su procedencia como en las circunstancias en que se desarrolló su reinado, hasta el punto de que algunos historiadores del siglo XX llegaron a poner en duda su existencia. Sin embargo, los trabajos de medievalistas de referencia como Claudio Sánchez Albornoz, Barrau-Dihigo, Juan Uría Ríu o Juan Ignacio Ruiz de la Peña vienen a convenir, con pocas dudas, que fue un potentado asturiano del siglo VIII vinculado a la nobleza de origen hispanorromano (su propio nombre, Pelagius, denota la raigambre latina, no visigoda). Sánchez Albornoz, que en sus investigaciones recorrió a pie todos los escenarios que relatan las tres crónicas asturianas de la época que han pervivido hasta hoy, sostiene que, pocos años después de la conquista musulmana que acabó con el reino visigodo de Toledo en 711, Pelayo encabezó una revuelta contra el pago de impuestos a las nuevas autoridades, dependientes del valí (gobernador) de Córdoba. Atendiendo a las citadas crónicas asturianas del siglo IX (la de Alfonso III, la Albeldense y la Crónica Profética), y conforme a los cálculos que de ellas se deducen, su rebelión culminaría con una escaramuza militar en Covadonga ocurrida en el año 722, concretamente el 22 de mayo. Y aunque ese mismo cálculo indica que sus primeros movimientos conocidos de insurrección fueron en 718, afirmar que el incidente de Covadonga tuvo lugar entonces sería tan tendencioso (y absurdo) como decir que Colón descubrió América en 1483 al proponer al rey de Portugal su viaje a las Indias, o que la Segunda Guerra Mundial estalló en 1933 con la victoria electoral de Hitler en Alemania.

El enfrentamiento del 22 de mayo del 722 es asunto preñado de detalles difusos y enorme mitificación. A lo largo de los siglos se ha dicho, repetido y exagerado que nada menos que 100.000 musulmanes se apostaron ante Covadonga para aplastar a



un puñado de insurrectos astures escondidos entre las peñas del Monte Auseva. Cualquiera que conozca el entorno actual de la zona (allanado, edificado y alterado en grado sumo) puede imaginar qué ocurriría hoy si 100.000 turistas con sus autobuses y coches se plantasen ante el santuario. En efecto: no cabrían. Menos aún, en el siglo VIII, una mesnada de tales proporciones con la voluminosa maquinaria bélica de la época, incluyendo armeros, monturas y todo el soporte logístico necesario para mantener y alimentar una tropa que, por otra parte, tendría los mismos efectivos que en 2018 suman las Fuerzas Armadas españolas de tierra y mar.

La intervención de fuerzas sobrenaturales como clave para infligir la derrota a los musulmanes es otro tópico, nunca desterrado del todo a pesar de los avances del laicismo y el racionalismo, solo sostenido obviamente por la fe, enemiga irreconciliable, en este caso de modo delirante, del rigor historiográfico. Leyendas como que las lanzas y flechas rebotaban inexplicablemente en la roca para volverse contra los atacantes, o la aparición de la Virgen María dando un mensaje salvífico a Pelayo, con la carga apologética propia de los relatos medievales, va se habían atribuido de modo similar e idéntica intención propagandística al emperador romano Constantino durante el siglo INI Incluso el relato, igual de fantástico, de que en plena batalla a Pelayo le llovió del cielo una cruz de madera, que sostuvo como símbolo durante el combate y con. la que se compuso el alma (armazón de madera) de la Cruz de la Victoria que se exhibe en la Cámara Santa de la catedral de Oviedo, es un paralelismo evidente con el relato de glorificación de Constantino en la batalla del Puente Milvio y su exaltación como paladín del cristianismo ante la amenaza de paganos y bárbaros.

## **La controvertida Reconquista**

La revuelta pelagiana, en todo caso, no fue la única contra las tropas musulmanas en la y pudo obedecer a un conflicto local, pero de ningún modo se emprendió para desagrar y reparar una supuesta «pérdida de España» como sostiene el relato tradicional nacional-católico, a manos de las tropas que derrotaron a los visigodos de Don Rodrigo en Guadalete. Porque España, la Hispania de entonces, entendida como nación, no surge hasta bien entrada la Edad Moderna. Incluso hay quien sitúa ese origen nacional en las Cortes de Cádiz de 1810. En los siglos posteriores a Pelayo sí irá fraguando un sentimiento colectivo de pertenencia común entre los reinos y condados que van a configurarse en la Península Ibérica, desde Portugal a los condados catalanes, y que incluso hallará eco en Al-Andalus. Pero de ahí a plantear que Pelayo concibiese la idea de restaurar algo que aún no había existido, tiñendo además su carácter con mitología propia de un Rey Arturo, media un abismo.



# REAL ACADEMIA DE DOCTORES DE ESPAÑA

Otra cosa es que la coyuntura favorable y la habilidad política y militar de los sucesores de Pelayo facilitaran el afianzamiento de un reino independiente, con sus atribuciones políticas, económicas y militares más o menos clarificadas: la Monarquía asturiana de los siglos VIII y IX, que nos legó un singular arte propio, el prerrománico. Ahora bien, considerando el contexto histórico, este proceso tuvo que depender de muchos factores desde su mismo origen y no puede reducirse a una sola causa. Y menos aún a conjeturas como las que achacan el origen de la revuelta al supuesto (o real) matrimonio de una hermana de Pelayo con Munuza, por entonces gobernador musulmán de Gijón, o a un dudoso parentesco que lo vincule al séquito del rey visigodo, justificando así que aquel líder de unas tribus locales albergase veleidades de convertirse en nuevo rey de Toledo. A este fin, es llamativo que las crónicas omitan muchos detalles de la rebelión, y más aún que silencien todo lo ocurrido en Asturias en los quince años que van desde la escaramuza de Covadonga hasta la muerte de Pelayo, ocurrida en Cangas de Onís en el año 737.

El devenir de los hechos, con el crecimiento progresivo de los reinos cristianos a lo largo de la Edad Media, y la preponderancia alternante que mantuvieron con Al-Andalus a lo largo de siete siglos, propició una secuencia de hechos que ha sido calificada con el controvertido término de Reconquista. Al margen de su utilidad para definir una parte importante de la Edad Media hispana, su utilización también ha dado pie a que la manida frase que dice «Asturias es España y lo demás, tierra conquistada» se haya convertido en epítome del «covadonguismo». Teoría difusa que, a grandes rasgos, resume la rebelión de Pelayo como encarnación y ejemplo eterno de las virtudes de una nación, la española. Pero la Reconquista, lejos de un batallar continuo y religioso de siete siglos, no fue otra cosa que un lento proceso geopolítico, con sus trasvases culturales, sus cambios de fronteras y enfrentamientos armados intercalados entre largos intermedios de paz. Y el motor de este proceso, más que una ideología o una cuestión de credos, fueron las luchas de poder, las debilidades y las alianzas coyunturales de varios reinos, que entonces pugaban por el dominio de un mismo suelo.

La manipulación interesada de Covadonga como hito fundacional patriótico puede apreciarse, de modo embrionario, en el propio relato del Reino de Asturias que apuntan las crónicas medievales, que, con intención de legitimar el presente vinculándolo al pasado, lo sitúan como continuación del reino visigodo de Toledo. El punto álgido de esta mixtificación llegaría con la historiografía nacionalista del siglo XIX, que hizo del «covadonguismo» el origen legitimador de España y de Asturias

Claro que la confusión es fomentada desde las propias instituciones. El Gobierno asturiano del PSOE institucionalizó en 1984 el 8 de septiembre, festividad de



Covadonga, como el Día de la Autonomía. Desde entonces lo religioso y lo político se retroalimentan y el laicismo que avala la Constitución y la propia esencia de la Autonomía se difuminan en los aires puros de Covadonga.

El Principado tiene previsto celebrar el 1.300 aniversario de los sucesos de Covadonga, con cuatro años de adelanto y con unos 80 actos que no parece que vayan a revisar, desde el rigor histórico exigible, la legendaria y mítica versión de un pasado que no fue como nos lo siguen contando.

Esa revisión pendiente resultaría muy esclarecedora respecto al debate que mantiene la sociedad española sobre la controvertida cuestión nacional, tras el pulso separatista catalán. En *Los heterodoxos asturianos*, un libro de Juan Cueto Alas que no ha perdido vigencia desde que se publicó precisamente en 1977, aparece Covadonga vinculada a esa palabra tan usada Pelayo y Covadonga apenas tienen hoy presencia en la enseñanza asturiana y no hay grandes diferencias entre lo que se cuenta ahora a los escolares de aquel episodio, en relación a lo que pasaba en las aulas de los años 40 al

75

## **Barbaridades de los libros de texto**

Así se evidencia en la consulta a cuatro manuales de Historia de Segundo de la ESO que hemos realizado. El único de los cuatro cursos del ciclo en el que se estudia la Edad Media de Asturias, todos actualizados y utilizados en numerosos centros asturianos de Enseñanza Secundaria, tanto públicos como concertados.

Uno de ellos («Geografía e Historia Medieval», de Ediciones SM), pese a lo escueto de su contenido (apenas 14 líneas de texto), explica con bastante precisión las circunstancias de nacimiento del Reino de Asturias refiriendo «la escaramuza, magnificada con el tiempo, [que] pasó a las crónicas como la Batalla de Covadonga». Sin embargo, otro manual consultado («Ciencias Sociales Historia», ed. Oxford Educación) se limita a consignar la existencia del Reino de Asturias en un mapa, sin ninguna referencia explicativa en el texto de la unidad didáctica con una nota al margen que señala: «la fundación del Reino de León en 914» (sic).

Y el último libro de texto consultado («Ciencias Sociales-Proyecto Zenit», de Ediciones SM), pese a dedicar más espacio al Reino de Asturias, es una sucesión de inconcreciones, errores de bulto y restos mal ordenados de una historiografía desfasada y sin rigor crítico. Entre los desatinos con que sus autores narran la rebelión de Pelayo, afirman sin más que fue «un noble visigodo» y dan por sentado que «después de asentarse en Asturias llegó a ser aceptado como jefe, pero fue apresado



# REAL ACADEMIA DE DOCTORES DE ESPAÑA

por los musulmanes y permaneció en Córdoba como rehén del emir (sic), que quería garantizar de esta manera la obediencia de los astures».

Hay quien va incluso más allá. En una conocida academia ovetense, que prepara oposiciones para profesores de Secundaria, se facilita sin sonrojo a los alumnos unos apuntes en los que se da por cierta la leyenda de que «los reyes asturianos del siglo IX seguían rindiendo su tributo anual de cien doncellas vírgenes al califa de Córdoba».

Con despropósitos así en la pedagogía de supuestos titulados universitarios, no extrañaría oír cualquier día que Pelayo ganó la batalla de Covadonga a lomos del caballo de Santiago.